

La leyenda de Pegaso, el caballo alado

Pegaso era el único caballo alado que existía sobre la faz de la Tierra. Era suave como el terciopelo y blanco como la espuma del mar.

Vivía libre y salvaje pastando en un verde monte y habían sido muchos los intentos por hacerle dócil, pero ningún mortal había podido domesticarlo.

Un buen día, un bravo guerrero llamado Belerofonte, que nunca había sido derrotado en el campo de batalla, quiso domarlo para quedarse con él. Pero la fiereza de Pegaso hacía que ni siquiera pudiera acercarse. Tanto lo deseaba Belerofonte, que la diosa Atenea quiso hacerle un regalo a cambio de todas las batallas que había ganado.

-Toma estas bridas de oro -le dijo -con ellas podrás subirte a lomos de Pegaso. Antes de que Belerofonte pudiera agradecerle tanta amabilidad, Atenea desapareció.

Belerofonte, tras colocarle las bridas, pudo subirse a la grupa de Pegaso sin problema. Desde entonces, los dos vivieron muchas aventuras y ganaron juntos muchas luchas.

Sin embargo, el ego de Belerofonte, fue creciendo poco a poco. Su caballo, único en el mundo, y su invencibilidad en el campo de batalla, le convirtió en un ser orgulloso que incluso llegó a compararse con un dios.

Así que, si él era un dios -pensó- debía ser inmortal como ellos. Y sin pensárselo dos veces, decidió ascender por el cielo con su caballo Pegaso hasta llegar donde estaba el Rey de los dioses: Zeus para solicitarle la inmortalidad.

Cuando Zeus se enteró de sus intenciones decidió castigar tanta osadía, así que envió un mosquito para que picase a Pegaso. El mosquito, muy obediente, le dio un buen picotazo en la cola. Pegaso se asustó tanto que se desequilibró en el vuelo y precipitó a Belerofonte al vacío.

Belerofonte cayó a la Tierra desde muy alto, pero no se mató. Quedó malherido y nunca más pudo volver a ser un buen guerrero.

Pegaso, sin darse cuenta de que Belerofonte se había caído, siguió cabalgando hasta llegar donde Zeus se encontraba. El dios, al verle, lo encontró tan magnífico que decidió ofrecerle quedarse en el cielo junto a él, y llevar sus rayos las noches de tormenta.

Así cada, noche de otoño, podrás verle sobre el horizonte, muy cerca de la constelación de la princesa Andrómeda.

